LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 5 DE SETIEMBRE DE 1887 — NUM. 297

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SU EMINENCIA, cuadro de Enrique Serra

MINISTERIO DE EDUCACION

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*Las dos y una noches* (NOCHE PRIMERA), por don Carlos Coello.—*Culinaria nacional*, por don Juan J. Relosillas.—*Los nerviosos*, por don Eduardo de Palacio.—*Física sin aparatos.*

GRABADOS.—*Su Eminencia*, cuadro de Enrique Serra.—*Paisaje*, de Pablo Flickel.—*La tarantella*, cuadro de Otto Sinding.—*Sin apearse*, cuadro de Guillermo Rauber.—*En el taller*, cuadro de C. Seiler.—*Adela*, cuadro de A. Seifert.—*Física sin aparatos.*—*Suplemento Artístico: Casa cuna de una aldea*, cuadro de Haag.

NUESTROS GRABADOS

SU EMINENCIA, cuadro de Enrique Serra

Decididamente nuestro compatriota se ha hecho romano.

Conoce el cielo de Roma como un transteverino, su campo como un Cincinnato, sus monumentos como el más curtido de sus arqueólogos y sus personajes como si de toda la vida se hubiera identificado con su existencia. En el cuadro que hoy reproducimos ha pintado á un príncipe de la Iglesia en el acto de satisfacer dos necesidades distintas; porque si es cierto que el hombre, inclusos los príncipes de la Iglesia, no viven exclusivamente de pan material, ello es igualmente cierto que los príncipes de la Iglesia, que después de todo son hombres, tampoco pueden vivir exclusivamente del pan del alma ó del pan de la inteligencia. Y en Roma, como en todas partes, tripas llevan pies y la suprema dicha es aquello de *mens sana in corpore sano.*

Este parece ser el aforismo que ha inspirado el cuadro de Serra. Su Eminencia sigue atento el curso de la lectura de su inferior jerárquico; y sin negar que esa lectura le interesa, no por esto saborea con menos fruición el digestivo te, que tiene muchas de las propiedades estomacales del moka, sin tener algunos de sus inconvenientes. Aun cuando lo principal en este cuadro sean los personajes, notables por su expresión, no podemos menos de llamar la atención hacia el lugar de la escena, pintado con un conocimiento de la realidad de que pueden blasonar muy pocos de los extranjeros que cultivan el arte en la Ciudad Eterna.

PAISAJE, de Pablo Flickel

Se ha abusado tanto del paisaje y son tantos los que se han titulado paisajistas, que ya va siendo trabajo hercúleo el llamar la atención reproduciendo á la naturaleza. Aparte las condiciones de luz, de aire, de color, no siempre fáciles de encontrar, pero que abonan buen número de esta clase de obras de arte, adolecen los paisajes generalmente, bien de una monotonía de composición lamentable, bien de una copia tan fotográfica del natural que en ellos el arte, el verdadero arte, que poetiza las escenas más vulgares, brilla, como vulgarmente se dice, por su ausencia.

¡Con cuánta fruición, pues, nos habremos detenido ante el bellísimo cuadro de Flickel, que en tan notable grado reune cuantas condiciones es dable exigir á un paisaje!... Aun prescindiendo de lo bien escogido del sitio, ¡cuán raras veces se han pintado planos tan bien graduados, fondos que produzcan ilusión más completa, horizontes de efecto mejor entendido!... A través de esos troncos se anda, á través de esas ramas se mira, debajo de esos juncos se ve el agua encharcada en que apaga su sed el manso rebaño. Si la comparación es el medio más eficaz para aquilatar el valor de las cosas análogas, nuestros favorecedores pueden apreciar fácilmente el mérito del cuadro de Flickel.

LA TARANTELLA, cuadro de Otto Sinding

Hay un refrán que dice: Dime con quién andas y te diré quién eres. Nosotros nos permitimos modificarlo en los siguientes términos: Dime cómo bailas y te diré de dónde eres. Las danzas populares de cada pueblo son una fotografía de su tipo, carácter y condiciones. El jaleo es tan jerezano como la muñeira es gallega, como la sardana es ampurdanesa, como la farandola es provenzal y el cancán parisién y la tarantella napolitana. Todos los bailes vienen á ser en definitiva una provocación á los sentidos; pero esa provocación da la medida del carácter de cada pueblo danzante. El cuadro que tenemos á la vista lo demuestra: esa tentación de cuatro mujeres ejercida sobre un solo hombre, que fluctúa desatinado y está á punto de dar en el *delirium tremens* del paroxismo sensual; no puede tener lugar sino en el voluptuoso golfo de Nápoles, á la luz de esa poética luna que da vaga forma de sirena encantadora á las más toscas bellezas de la playa, y á la vista de ese Vesubio, cuyo fuego es á la naturaleza material lo que el carácter del pueblo bajo italiano es á la humanidad. En la falda del Vesubio, sobre los restos de Pompeya, ó no cabe el baile, ó hay que bailar la tarantella.

SIN APEARSE, cuadro de Guillermo Rauber

No en todos tiempos, como en los nuestros, cuando se tenía necesidad de emprender un viaje, se hallaba á mano un tren dispuesto para trasladar á los pasajeros de un punto á otro, á razón de minuto por kilómetro. El sistema de locomoción menos molesto sin duda, era por aquel entonces un buen caballo; pero, ¡qué de peripecias, qué de peligros, qué de incomodidades suponía un viaje de tal suerte efectuado!...

Lo más común era sentir el calor y la sed que aqueja á los peregrinos en el desierto; y lo menos frecuente encontrar oasis donde refrigerar el decaído cuerpo y tomar algún aliento, para continuar la interminable serie de tan fatigosas molestias. Gracias, en semejantes casos, si la Providencia deparaba una venta, una choza siquiera, desde cuya puerta la garrida moza brindara al viajero con un jarro de vino ó de cerveza, según el país en donde tenía lugar semejante obra de misericordia.

Tal es la escena representada en el cuadro de Rauber. Probablemente la cerveza que ávidamente apuran nuestros viajeros debe saber á demonios; y sin embargo de fijo que nunca supo tan bien á las deidades olímpicas la tan cacareada ambrosía.

EN EL TALLER, cuadro de C. Seiler

El interior del taller es asunto grato, por lo visto, á los pintores. No es de extrañar, después de todo, pues ninguna escenas deben serles más conocidas que las escenas de su vida habitual. Seiler no ha conseguido dar novedad á la escena: el pintor de su cuadro está en la misma actitud en que lo han reproducido otros varios artistas, y la de los curiosos ó inteligentes que examinan la obra, es idéntica á la de muchos de sus predecesores en distintos lienzos. A pesar de lo cual, el cuadro de Seiler resulta notable, ya que no por lo que representa, á lo menos por su irreprochable ejecución. Es indudable que tratándose de Bellas Artes la originalidad de la concepción entra por mucho; pero aun dentro de un tema manoseado cabe demostrar facultades excepcionales. Pocas *óperas* han sido tan repetidamente cantadas como el *Barbero de Sevilla*, y sin embargo en su manera de interpretarla y ejecutarla, ha fundado gran parte de su reputación Adelina Patti.

Considerado bajo este punto de vista el cuadro de Seiler, es muy difícil ir más allá en su ejecución. Taller, pintor y curiosos están reproducidos con una verdad, con una seguridad, con una riqueza de detalles, que bastarían á formar, por sí solas, la reputación de un pintor de género.

ADELA, cuadro de A. Seifert

El autor de este cuadro ha estado acertado por más de un concepto. Primeramente, y sobre todo, en la elección de modelo, capaz de inspirar aun á quien no haya cogido en su vida la paleta y el pincel, y después en el modo de dar á conocer su perfecto conocimiento en este género y sus excelentes condiciones de retratista. Si á esto se añade que el grabador á su vez ha tratado con tanta habilidad como delicadeza la obra confiada á su buril, se comprenderá que *Adela* figure muy dignamente en las páginas de nuestra publicación.

SUPLEMENTO ARTISTICO

CASA-CUNA DE UNA ALDEA, cuadro de Haag

Por lo visto hay en nuestra tan maltratada Europa hasta simples aldeas que poseen casas-cunas. Creemos inútil decir que esas aldeas, donde tan acertadamente se sale al encuentro de las necesidades de la vida, así de los padres como de los hijos, no son aldeas españolas. En éstas no tan sólo no hay casas-cunas, sino que apenas hay cunas, y estamos por decir que apenas hay casas. Y sin embargo, ¡sería tan fácil generalizar esa humanitaria institución, que libra á las madres del cuidado incesante de su tierna prole, cuando necesitan todas las horas y todos los instantes para ganarla el escaso pan con el noble, pero no menos fatigoso, sudor de la frente!...

Tanto peor para los que así no lo comprenden... No sólo dejan de cumplir un deber social, sino que se privan de un espectáculo tan tierno y conmovedor como el representado por Haag en el delicioso cuadro que reproducimos.

LAS DOS Y UNA NOCHES

A mi querido amigo don Jaime Fernández y Guillaumet

NOCHE PRIMERA

I

En agosto del año 1884 residía en Constantinopla el que escribe estas líneas, agregado á la Legación de España en la capital de Turquía. Una tenaz y tan penosa como ridícula dolencia, la enfermedad de moda, la anemia que antes atacaba sólo á las mujeres y á los niños y ahora con esa tendencia igualitaria de la época presente se ceba también en los hombres y convierte en cuatro días en un alfeñique al mocetón más robusto, había llegado á postrarme en términos de no hallarse otro remedio para la salvación de una salud, preciosa para mi familia y para mí propio, que la prolongada estancia en un punto de condiciones climatológicas en todo diferentes de las de Madrid, donde, como todos saben, las estaciones no son en realidad cuatro sino cuatrocientas, conociéndose días que amanecen de invierno y anochecen de verano, donde hay días de agosto en que el uso de la bufanda es indispensable y noches de diciembre que parecen de primavera.

El clima de Turquía tiene la inapreciable ventaja de ser muy igual: diríase que Alah, sin salirse en nada de su providencial justicia, reparte á los turcos idéntica cantidad de calor que á los demás habitantes del globo; pero sin duda, así como españoles, franceses é italianos emplean y derrochan ese calor sin medida ni cálculo, aquellos prudentes y discretos hijos del Profeta lo distribuyen equitativamente entre los trescientos sesenta y cinco días del año.

Llegar á la antigua Bizancio y experimentar notable alivio en mi salud, fué todo uno. La vista de la maravillosa ciudad cuyos diversos aspectos, iluminada por la rosácea luz de la aurora, por los mil cambiantes del crepúsculo vespertino ó por la brillante luz de una luna que envidiaría con harta razón el sol de Inglaterra, trabajaría en vano por reproducir el pincel de un Haes ó de un Villegas, es capaz por sí sola de poner de buen humor á un hipocondriaco, y la imaginación concibe fácilmente que el más viejo, enfermo, pobre y desdichado de los hijos de Stambul se considere venturoso únicamente con vislumbrar aquel nuevo terrenal paraíso desde la cubierta del barco que lo vuelve á la cara patria.

Algún día, con más humor y vagar del que tengo ahora, ordenaré mis apuntes y escribiré acaso mis impresiones sobre el privilegiado país que fué soñando Lamartine al mismo tiempo que lo visitaba, que falsificó más que idealizó la pluma de oro de Teófilo Gautier, que Edmundo About creyó ver y recordar en dos viajes rapidísimos hechos á distancia de veinte años, y que su tocayo Edmundo Amicis nos ha descrito últimamente con más facilidad de estilo y encanto de color que observación verdadera y concienzuda.

Mi propósito de hoy es mucho más modesto, y más de acuerdo por lo tanto con mis débiles fuerzas. Los amables lectores de la *Ilustración Artística* tienen la benevolencia (Dios se lo pague) de leer sin enfado mis cuentos: los que hasta hoy les llevo contados han salido en todo ó en parte de mi fantasía y se han referido á cosas y personas que nada tenían que ver con su humilde autor. Hoy, quebrantando en cierto modo las leyes del buen gusto y yendo contra los impulsos del propio gusto mío, voy á referirles algo en que por fuerza he de entrar yo como sujeto accesorio del relato. Ofrezco, á cambio y en compensación de esta falta, ó sobra involuntaria é inevitable, no poner nada de mi cosecha en esta historia ó colección de historias reunidas en un solo haz que yo procuraré dar á la estampa en la forma que llegaron á mis oídos, sin que mi trabajo sea otro que el del jardinero que forma un ramo con las diversas flores que en jardín ajeno le solicitan la vista con sus matices y le regalan el olfato con su aroma.

II

En Constantinopla le tenía todo el mundo por loco, hasta su esposa que á mi juicio era bastante más loca que él; pero la verdad es que el Doctor Higgins era un portento de sabiduría y hasta de relativo buen sentido. Yo le conocí y traté en casa de otro Doctor, húngaro de origen y cuyo apellido si no estoy trascordado era Pulszky, dedicado al cultivo de las ciencias exactas, partidario acérrimo de las teorías darwinianas, que creía á pies juntillas en la teoría consoladora de que el hombre desciende del mono, y que con sólo presentarse en cualquier parte haría confesar á cualquiera que si no desciende del mono el hombre, el mono desciende de éste sin ningún género de duda.

Sea que yo me encontrase realmente muy mejorado de salud, sea que compartiese la no absurda preocupación de que los médicos sólo pueden hacer daño á los enfermos, y aun esto en el único caso de que cometan la temeridad de seguir *ad pedem literæ* sus instrucciones, me puse desde luego en manos del Doctor Higgins resuelto, eso sí, á no obedecerle más que en aquello que no contrariase demasiado mis inclinaciones y mis gustos.

Recuerdo perfectamente el pronóstico y el diagnóstico del Hipócrates inglés:

—«Lo que V. tiene es muy fácil de curar. V. no padece otra cosa que las consecuencias naturales del abatimiento de fuerzas común á casi todos los hijos de un siglo donde todo se hace de prisa, la vida sobre todo. Usted come mal, bebe peor, traspira con abundancia alarmante, y está, cuando no dormido, adormilado las dos terceras partes del día. El sueño, como nadie ignora, es el más eficaz reparador de las fuerzas que gasta el hombre durante la vigilia; pero cuando el sueño, como sucede en usted, tiene más de desfallecimiento que de descanso, y no es reposo sino flaqueza, lejos de producir saludables efectos en la economía, altera el sistema nervioso, dificulta la segregación de la bilis, conserva la sangre en perjudicial estancamiento y va secando en su origen las fuentes de la existencia humana. Nada haremos con V. hasta que consigamos que vele, trabaje y se fatigue diez y seis horas para descansar ocho en absoluto y de seguido. A contar desde esta noche, va V. á alimentarse del modo que juzgue más oportuno y á no pegar los ojos en tres días consecutivos ó sea en 72 horas. Hecho esto, dormirá V. de diez de la noche á seis de la mañana, mandando que lo despierten por fuerza, si es preciso, el primer día, y abandonándose á un sueño que no le ha de faltar cuando llegue la hora de meterse en la cama. Véame V. transcurrida una semana de seguir este sistema y no hablemos más.»

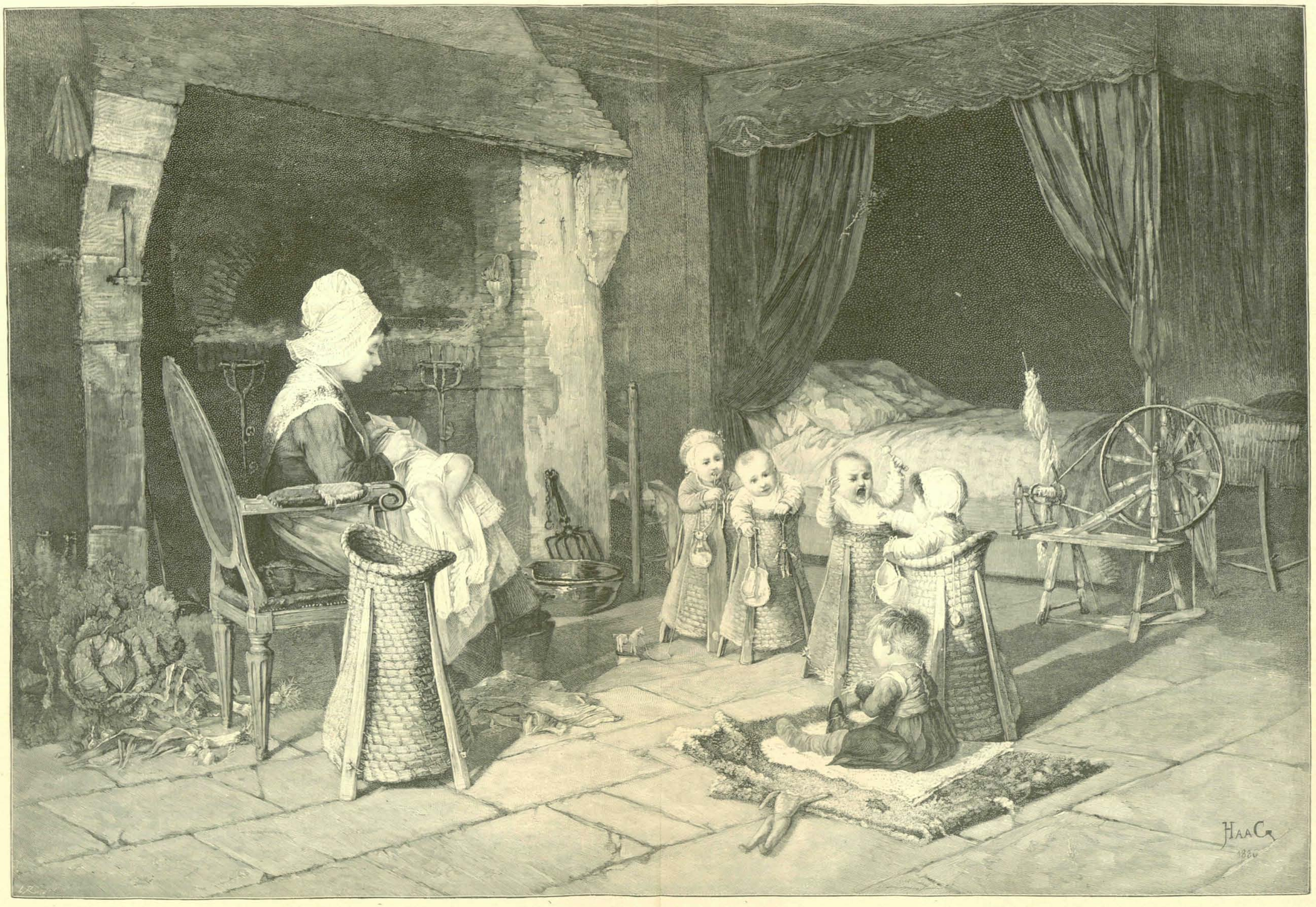
Yo no sé palabra de medicina (ni de otras muchas cosas), pero declaro que el extraño discurso del Doctor Higgins me pareció una colección de tremendos disparates. Observé, sin embargo, que su amigo Pulszky—que en mi opinión estaba tan loco como él—y un niño que no pasaría de once ó doce años y cuya ocupación en la casa no era otra que la de rellenarle la pipa de hebras de tabaco ruso, oyeron el copiado *espich* con verdadera complacencia y no titubeé en someterme al régimen que me recomendaba.

Dicen que la verdad es patrimonio exclusivo de los niños y los locos, y la verdad es que los hombres cuerdos que hasta entonces me habían aconsejado diciéndome cosas al parecer más sensatas, me habían engañado miserablemente.

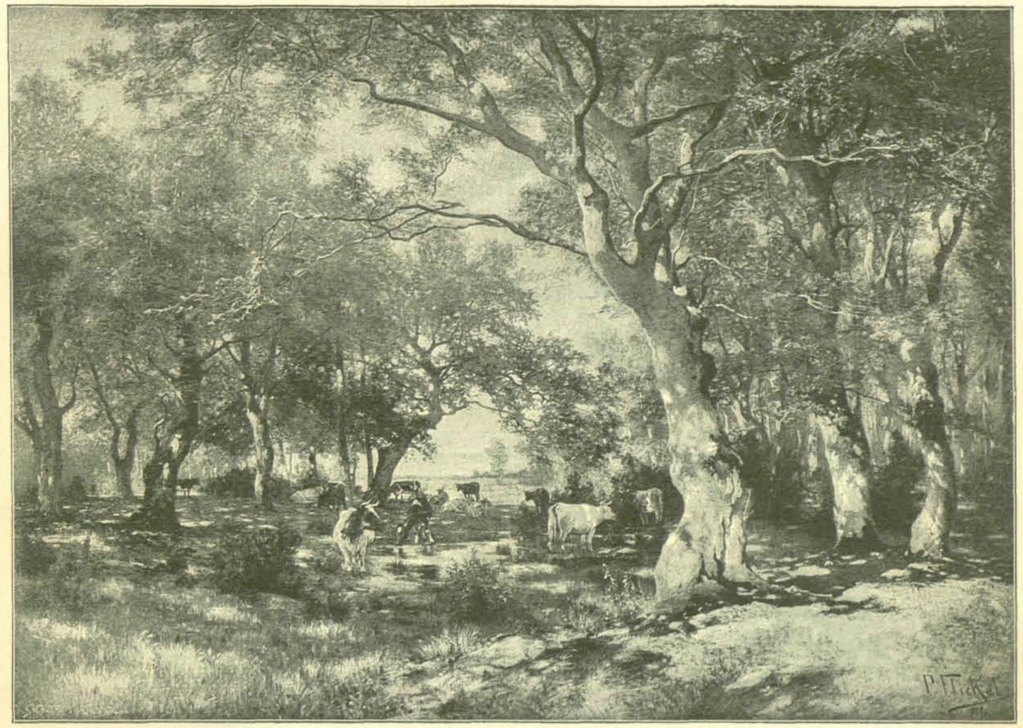
III

Por aquel tiempo se celebraban en Constantinopla las famosas fiestas del Ramadán que puede decirse que es la cuaresma turca. Dura cuarenta días como la cristiana y es una alternativa sucesión de sacrificios y placeres que impresiona vivamente al extranjero. Son los turcos exactísimos observadores de los preceptos de su religión: en Europa no es difícil encontrar malos cristianos y en cambio es un si es no es dificultoso encontrarlos buenos: un turco antes perderá la piel que dejar de seguir los preceptos de Mahoma sin la, en cierto modo, plausible precaución de renegar.

Y no se crea que las obligaciones que el Ramadán impone son tarea de poco más ó menos. Desde que un cañonazo disparado en el Serrallo Viejo anuncia la salida del sol, los turcos, como todos los partidarios del Islam, pueden dedicarse al trabajo en la forma y modo que mejor les parezca; no pueden en cambio comer, beber ni fumar hasta que otro cañonazo disparado desde el mismo punto les anuncie la puesta del astro del día. Entonces se observa una cosa curiosísima entre aquella pobre gente, tan errada en sus creencias como sinceramente apegada á lo que cree. El turco, rendido por la fatiga, bañada la frente en sudor y secas para mayor martirio la lengua y las fauces, espera con ansiedad indescriptible la llegada de aquel momento feliz teniendo en la mano una vasija llena de agua, comida preparada á su alcance y la pipa cargada de tabaco hasta los bordes de la cazoleta. Suena el cañonazo y un aullido de alegría feroz sale de la garganta del turco con vibración más potente que la del estampido de la pólvora: bebe con ansiedad enorme cantidad de agua, enciende la pipa acto continuo y aspira y arroja con delicia buena cantidad de humo: después, come. Es decir, satisface primero la necesidad apremiante, imprescindible; en seguida se regala con lo superfluo; últimamente concede á su organismo lo preciso para vivir. Hace ni más ni menos que hacemos los hombres todos en las variadísimas circunstancias de la



CASA-CUNA DE UNA ALDEA, CUADRO DE HAAG



PAISAJE, de Pablo Flickel

vida; porque el hombre es siempre el mismo y el turbante, como el gorro de pieles, el sombrero calabrés, el gorro de lana ó el pañuelo atado á la cabeza podrán ser disfraz ó distintivo del cuerpo: el alma es una y la misma en todas partes.

Así que beben, fuman y comen, los turcos se entregan hasta el amanecer á la más disparatada de las orgías. El baile, el exceso en los alimentos y hasta en la *mastika*, especie de aguardiente de goma (que lleva al nuestro la ventaja de no poder contener sustancias amílicas) toda suerte de placeres y desahogos, les están no sólo permitidos sino hasta, en cierta manera, recomendados por su ley; y ellos, obedientes en esto como en todo, iluminan fantásticamente sus calles, llenan sus cafés y pasean danzando y armando un ruido de quinientos mil demonios hasta la hora solemne en que el Corán les manda que vuelvan á ser buenas personas.

IV

El ejemplo diurno que tenía ante los ojos me dió ánimos para decidirme á cumplir las recomendaciones de mi extravagante médico. Cierto es que por la noche debía limitarme á no dormir, pero mi legítima vanidad de cristiano me dió fuerzas para intentar durante 72 fugaces horas lo que á mi presencia se hacía durante tantas semanas, con estas ó las otras compensaciones.

Dediqué el día, ya que esto no me estaba vedado, á alimentarme bien, á estudiar los admirables monumentos que halla el viajero á cada paso en aquella ciudad donde viven confundidos tantos y tan diversos pueblos; visité detenidamente las curiosas bibliotecas del Sultán y repito que de todo esto he de escribir algún día uno ó varios libros que me den fama de erudito y laborioso y salven mi nombre de total naufragio en el río del olvido. Pero ¿qué hacer por las noches? Seguir la corriente, comer, bailar y beber sería llamar á voces al sueño. Pronto tomé mi resolución.

El Ministro de España poseía un magnífico caik, ligero y airoso, que cortaba las aguas como el aire una gaviota, todo él construído de preciosas maderas artísticamente labradas, con cómodos asientos revestidos de blandos tapices y con ocho ágiles y fornidos remeros dirigidos por el inolvidable Mustafá, tipo que merece descripción aparte.

Mustafá era hombre de unos 65 años, pero que entre las arrugas de su rostro y la red de tendones que abultaban la superficie de sus brazos y de sus manos parecía tener aprisionada la juventud. Nacido en Constantinopla, la corrección de las líneas de su rostro indicaba que provenía de raza griega, así como la apacible serenidad de sus ojos y de su sonrisa daba á entender que su padre ó su madre debían haber sido armenios. No había conocido pobre Mustafá padre ni madre: según él mismo me había referido diversas veces en su lengua franca (francés mezclado de palabras italianas y con giros manifiestamente orientales) lo había recogido, cuando apenas contaba tres años, y criado y educado en las costumbres y creencias musulmanas, el celebérrimo Nasredin Jodya Efendi, personaje más famoso en tierra de turcos que Jerocles entre los helenos ó Manolito Gázquez entre los andaluces.

Era el tal Nasredin un sabio con sus puntas de dervich y sus ribetes de maestro de escuela, pobre de solemnidad, para no perder la costumbre, bobalicón á ratos, ingenioso á días, sagaz y astuto cuando llegaba la ocasión, Don Quijote y Sancho Panza fundidos en una sola pieza.

V

Dije antes que mi resolución estaba tomada, pero no dije cuál era y no es justo que se me quede en el tintero pormenor tan importante.

El Bósforo que nuestro poeta Espronceda adivinó y pintó en ocho versos de su admirable canción del Pirata, es hermosísimo para recorrido durante la noche muellemente recostado en el fondo de un caik, caariciado por los rayos de la luna que convierte en un brillante cada gota de agua que levantan los remos con vaga y armoniosa cadencia. Permití á Mustafá que, en lo que de mí dependiese, descansase durante el día, y ofreciéndole que á bordo no le faltaría comida cristiana ni bebida turca, le invité á que durante la noche me pasearan sus remeros mientras él me daba conversación.

—Procura y consigue,—le dije,—que yo no me duerma en tres noches y cuenta con un *medjidié* de regalo por cada hora que tu charla me mantenga despierto.

—¿Conoces —me preguntó Mustafá – las aventuras de mi maestro y protector Nasredin?

– No,—le contesté, y él me replicó:

– Pues, si no los conoces, yo te desafío á que te duermas mientras yo pueda contarte y tú puedas oirme los hechos y dichos de aquel varón singular que fué modelo de creyentes el tiempo largo y corto que vivió en la tierra, y que hoy goza sin duda en el seno de Alah de las preferencias y caricias de las huríes más lindas y afectuosas que hay en aquellas regiones de paz y bienaventuranza.

VI

Comenzado nuestro primer paseo en caik, confieso que me tuvo con los ojos abiertos de par en par y los oídos tan despiertos como los ojos la detallada y curiosísima relación de la infancia de Mustafá y la no menos interesante de la vida y costumbres del actual amigo de las huríes; pero como todo eso queda ya en compendio referido y mi intención no es por hoy otra que la de enterar á mis lectores de tres historias reunidas en una ó si se quiere de una historia dividida en tres, de las trece aventuras Nasredín que en tres noches me refirió mi discreto acompañante, trasladaré aquí la primera que él me contó y que fué la única de la primera noche.

VII

—¿Sientes sueño?—me preguntó Mustafá, y á un signo negativo mío continuó hablando en los siguientes términos:

– Voy á contarte, antes de que el alba asome y me impida acabar de hacer honor á estos manjares y bebidas, un episodio de la juventud del Jodya, del cual sacó mi maestro una de las mejores enseñanzas de su vida. El buen Nasredin era en su juventud muy aficionado á la caza, ejercicio necesario más que á nadie á los hombres que trabajan mucho mentalmente, y que manteniendo la naturaleza vigorosa y firme la predispone á actos de heroísmo y de virtud. Tenía el Jodya arco y flechas en su cuarto de estudio, y una tarde que se había asomado á la ventana para espaciar un poco el ánimo y la vista por las verdes colinas de Arnaut-Key, pueblo de su residencia, vió pasar volando un pajarillo y posarse en las espigas de un sembrado vecino. Tomó Nasredin el arco, colocó en él una flecha y la disparó contra el pajarillo que piando, más en son de burla que de queja, se perdió rápidamente en el horizonte. Pero en el sembrado se oyeron lastimosos ayes y una voz que dolorosamente reclamaba auxilio.

– No hay duda (pensó Nasredin) he matado á alguien;— y acobardado y confuso cerró su ventana y por espacio de tres días no se atrevió á salir ni á rebullirse apenas. Pasados los tres días, los que vosotros los cristianos llamaríais el juez y el gobernador de Arnaut-Key y que nosotros designamos con los nombres de *Cadí* y *Bey* respectivamente, se presentaron en casa de Nasredin.

Imagínate el susto de éste: se quedó horrorizado, sin movimiento y sin habla.

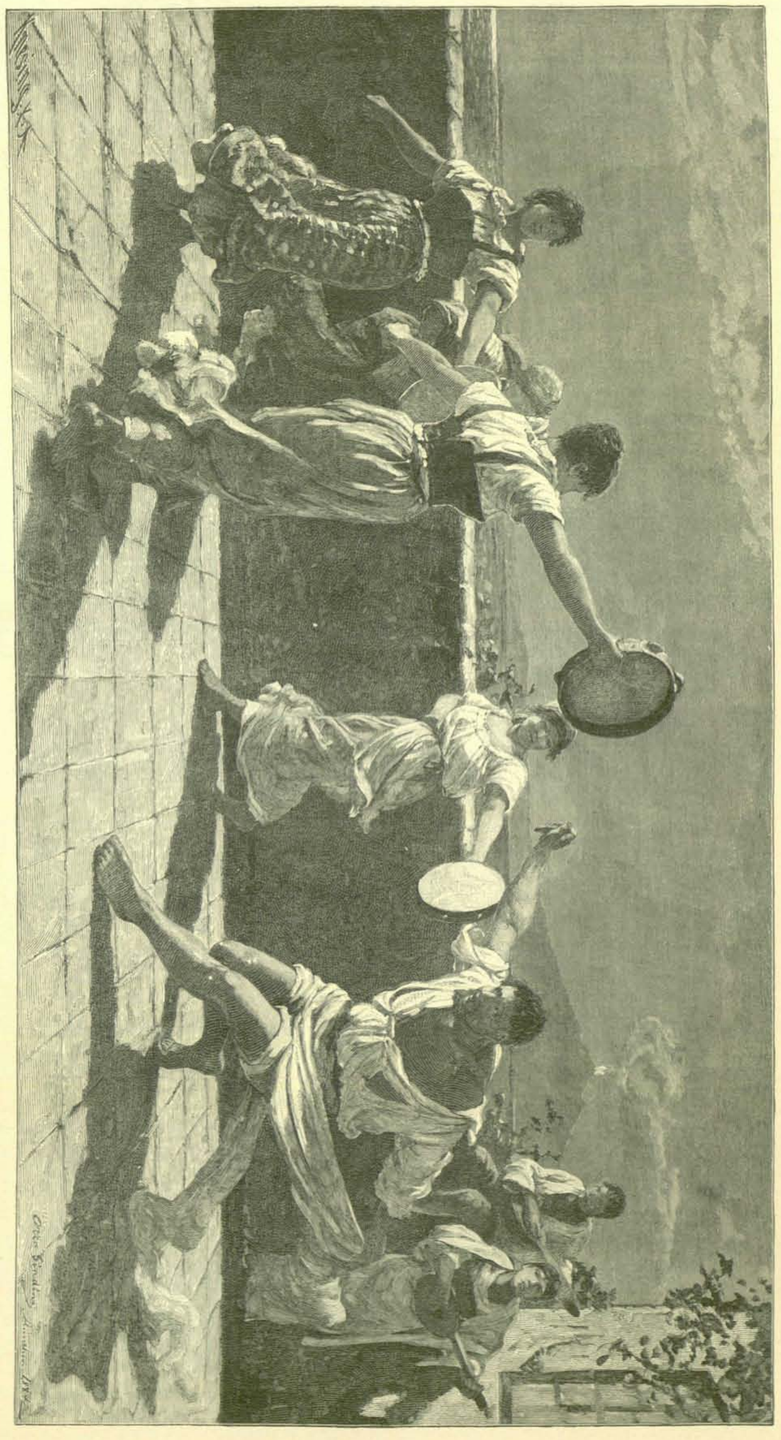
– Venimos á darte las gracias por el bien que la otra tarde nos hiciste disparando una flecha, – dijo el uno.

– Perdona que no hayamos venido antes, pero queríamos venir los dos juntos y eso no ha podido ser hasta hoy.

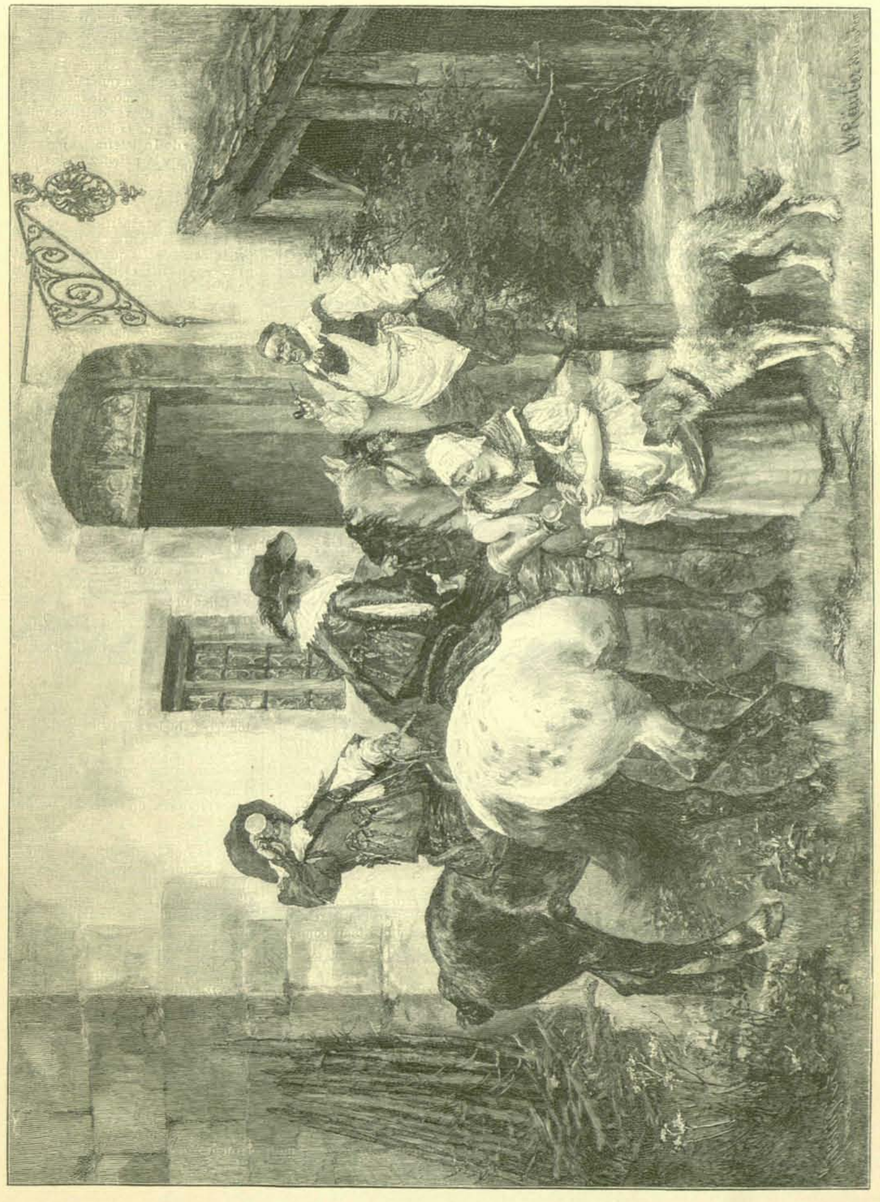
– Se están burlando de mí, – pensó el pobre Nasredin temblando y trasudando.

—El otro día,—dijo el Cadí, —se escapó el colorín que forma el encanto de mi hija Fátima: si la hubieras visto llorar, se te habría deshecho el corazón en llanto. Pero tú, viendo libre á nuestro prisionero, tuviste la buena ocurrencia de disparar una flecha contra él, tuviste también habilidad suficiente para arrancarle algunas plumas sin lastimarle, y comprendiendo el pajarillo los riesgos que lleva aparejada la libertad, al cabo de un breve rato vol-

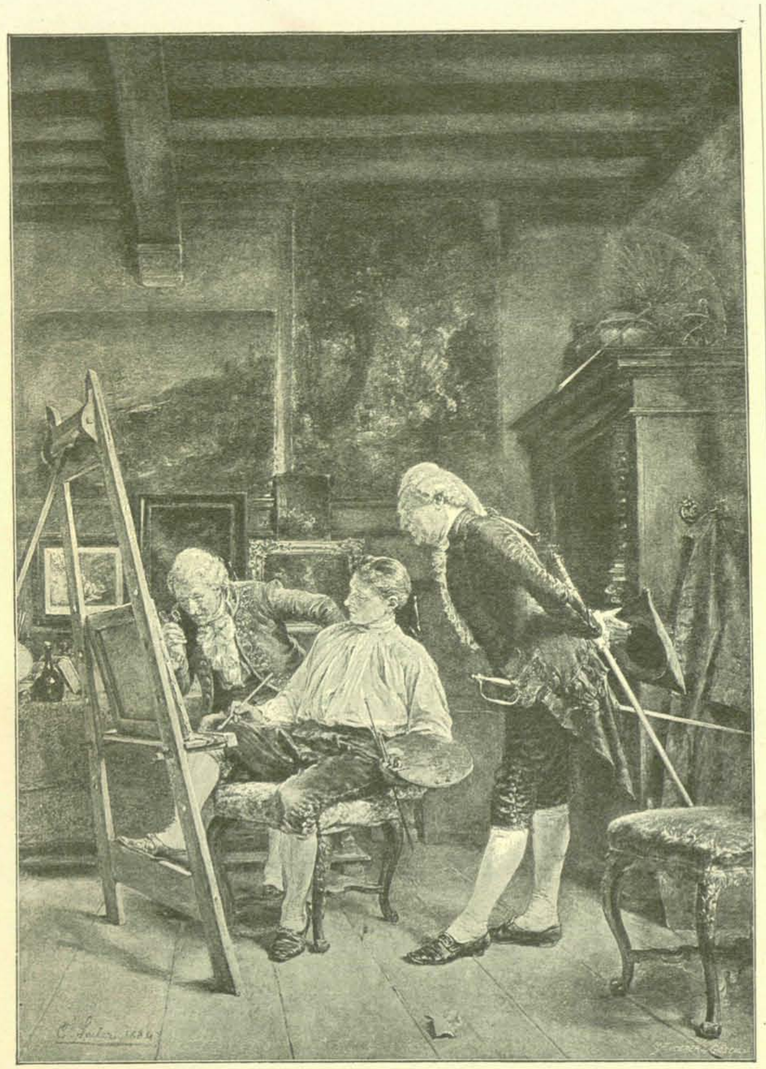
MINISTERIO DE EDUCACIÓN INSTITUTO DE



LA TARANTELLA, cuadro, de Otto Sinding



SIN APEARSE, cuadro de Guillermo Rauber



EN EL TALLER, cuadro de C. Seiler

vió á casa y voluntariamente se metió en su jaula. En esta bolsa van diez libras turcas: acéptalas y guárdalas como premio debido á tu previsión y sabiduría.

Aquí le llegó su turno de hablar al bey de Arnaut-Key, el cual dijo á Nasredin:

– Yo tenía en la pierna izquierda un tumor que no me consentía andar, que me producía dolores horribles y que ningún cirujano se atrevía á resolverme. Desesperado y harto de la vida me salí de casa la otra tarde y me eché en el sembrado próximo, pidiendo á Alah que me diese la muerte ó valor y resolución para dármela yo mismo. Tú debiste oir mis palabras ó adivinar mis pensamientos, y encontrando, con tu habitual sabiduría, el único remedio que consiente mi mal, disparaste tu flecha y sin tocar al pájaro de la hija del Cadí la clavaste en mi tumor, lo desahogaste de la ponzoña que alteraba mi sangre y me pusiste bueno y sano en solos tres días. Como la salud es más preciosa que el más lindo de los colorines, ahí van veinte libras que quiero regalarte admirado y agradecido.

Nasredin embolsó el dinero, se guardó muy bien de sacar de su error á nadie, dió las gracias con afable modestia, y cuando desaparecieron de su vista sus temidos favorecedores se echó á reir y pensó:—¡A cuántos diplomáticos que andan por esos mundos les pasa lo mismo que á mí! Pierden crédito con el mal suceso de sus combinaciones mejor formadas, y una barbaridad cometida á tiempo los acredita de hábiles. Entre ellos y yo no hay más diferencia sino que ellos creen tener parte en la obra de la casualidad y yo bendigo la sabiduría del Ser que sabe tanto como ellos y yo juntos ignoramos.

VIII

Amaneció; Mustafá dejó de comer y de hablar y yo me encontré favorablemente dispuesto á mis ocupaciones diarias y á esperar en la noche del nuevo día la relación de las doce aventuras restantes del nunca bien ponderado *Jodya*.

Carlos Coello

CULINARIA NACIONAL

I

LA PAELLA

Para los espíritus vulgares que comen por sentir los groseros placeres de la hartura, *la paella* es un plato abundante, sólido, sustancioso, y nada más.

Pero así como no todos los doctores son doctos, no todos los que comen son gastrónomos. *La paella* es algo superior al vulgo de los paladares, y se necesita, para hacerla justicia, toda la elegancia pagana del paladar de Lúculo y toda la filosofía del estómago de Brillat Savarin.

Líbreme Dios de menospreciar el faisán en aras de mi plato favorito. Cada cosa en su tiempo y los nabos en Adviento; es decir: los faisanes en el lugar que ocupan justamente y *la paella* en su trono culinario.

En el mundo de la inteligencia, logran brillantes posiciones los talentos sólidos y universales. Un sabio que es hablista, físico, teólogo, político, militar, naturalista y sociólogo, tiene, por derecho propio, la admiración de su siglo. Algo así sucede á *la paella*, resumen de todas las ciencias comestibles, que lleva en el arroz la civilización del antiguo oriente; en la carne de cerdo la protesta de su cristianismo viejo y chapado; en la anguila el problema de la sutileza y de la finura; en las alcachofas el recuerdo de las huertas nacionales, que el alarbe regó con el sudor cálido de su rostro tostado por el sol; en la salchicha la remembranza de Italia, país de las pastas, de las tiples y otros embutidos: que en los tiernos pollos rinde tributo al reino alado, y en las sustanciosas coquinas dignífica las últimas capas de la fauna marítima.

El conjunto de sabios é idiotas, ricos y mendigos, militares y secularizados, señoras y manolas, realistas y demócratas, es el país, grande por sus desgracias y por su genio, que se llama España: la suma de todos aquellos factores nutritivos es *la paella*, aliento de los desfallecidos, antídoto contra la inanición, receta de las buenas digestiones, que lleva con facilidad asombrosa, el fósforo del pescado al cerebro, la fibrina de sus carnes tan asimilables á los músculos, hierro á la sangre, cal á los huesos, salud á todo el organismo, ideas de bienestar y moral purísima al alma, que no puede sustraerse al influjo del plato nacional, ya que las acciones buenas son, como dijo el epicúreo, resultado de las digestiones felices.

La paella es una comida y una institución. Del fondo de la mágica sartén que tales prodigios realiza, sube un tufillo de patriotismo, de independencia, que no hay más que pedir. Los ojos se deleitan ante aquel exterior dorado por las caricias de la llama del hogar y odiamos las carnes sangrantes de Inglaterra, las fementidas burlas de la cocina francesa y la pesadez de los platos nacionales de Italia, para adornar el receptáculo donde en forma tangible y nutritiva se encierran nuestras glorias nacionales.

Nada falta á *la paella* para lograr todas las consagraciones, pues hasta mártires tiene, ya que los que murieron en Bailén y en Zaragoza dieron la vida por la patria; y patria es *la paella* que nutre el nervudo brazo de los españoles, y patria es la copla en que el pueblo español desahoga sus tristezas.

El arte de gobernar, con ser tan complejo y tan difícil, es una feble tarea comparado con el arte de hacer *paellas*. Todos los pueblos del mundo toleran unas cuantas libertades de menos, y unos cuantos latigazos de más. *La paella* necesita una cantidad de agua en justa y exactísima proporción con el arroz y demás colaboradores, porque sino, roto el equibrio, sería cosa de tirar los componentes amotinados é inservibles.

Todos los manjares del mundo civilizado han causado y causan numerosas víctimas. Conocidas son las terribles consecuencias de las indigestiones del jamón, mortales casi todas; y públicos son también, los estragos de las legumbres, y otras farináceas, que producen obesidad, y los abusos del pescado, que causan perturbaciones en la sangre.

La paella deleita esa cuarta potencia del alma que se llama paladar; se desliza suavemente á la inviolable oficina del estómago; sufre allí las manipulaciones que la naturaleza quiere que sufra, y sale después á la cara en forma de colores sanos; redondea las formas femeniles y da vigor al torso varonil, sin estragos, sin bascas, sin pesadez; de una manera sencilla y elegante, como hacen todas sus cosas las personas modestas.

La paella nació en Valencia; pero una hada de las cocinas nacionales, pálida, de abundantes y negras trenzas, vulgarizó la receta y hoy se come *la paella* en todas las provincias de España. Después de atado este lazo gastronómico hábleles V. de cantonalismo á las personas que tienen criterio en la punta de la lengua!...

Tiene también sus enemigos *la paella*, pero este es achaque del mérito y no hay que parar mientes en lo que la murmuración vocífera. Los médicos, indignados de que no les produzca un solo caso de dispepsia, y los sangradores, afligidos porque la congestión no se presenta jamás detrás de un plato monumental de *paella*, han inventado yo no sé qué burdas injurias. Pero *la paella* hace su camino, y aquí devuelve la vida á un anémico, allí arregla un paladar estragado por el abuso de los excitantes, y más allá reproduce el milagro de los peces satisfaciendo el hambre de una manera radical; porque eso sí, *la paella* abarca mucho, pero aprieta más.

Ríase V. de esos extractos de carne concentrada al vacío, que nos vienen de extranjis; y cuando quiera grandes elementos nutritivos en poco volumen, recurra á *la paella*, brillante de poco bulto y de mucho precio, que tiene de todo; hasta algo de la plácida hermosura de las valencianas y no más que una gota de la sal andaluza.

Yo no sé si parecerá mi juicio exagerado; pero cuando hago los honores á un plato de *paella*, me parece que masco himno de Riego, murcianas, peteneras, fandango y seguidillas. Y luego, cuando el sopor delicioso de la digestión me asalta, creo ver en mágico panorama las escenas de aquella tierra que el Cid tomó á los moros; y á la luz de la luna que baña las huertas valencianas, los cármenes granadinos y las calles de toda Andalucía, majos y hortelanas que se requiebran, mientras de la repleta cazuela, que canta sus alegrías en hervores, salen humaredas apetitosas, que, esparciéndose por toda la tierra, dan de comer al hambriento y resucitan á los que murieron en pecado mortal: esto es, sin haber catado el plato que sería manjar de los dioses á ser ellos menos afrancesados.

En los libros buenos, lo que menos importa es el lujo de la encuadernación. Así *la paella* quiere que la sirvan en modesta vajilla. ¡Cuántos sabios hay encuadernados en rústica y cuántos necios con cantos dorados se ven por esas calles!... *La paella* lo sabe y ha querido brillar más por el mérito de su modo de ser, que por la suntuosidad de sus vestiduras.

. . . . . .

Ahora, una receta para que *la paella* sepa siempre bien:
Que la pague otro.

Juan J. Relosillas

LOS NERVIOSOS

– Es lo que yo digo,—opinaba un alcalde rural,—en mis tiempos no había nervios. (El traducía libremente *niervos.*)

Pensando en el asunto he llegado á creer que hablaba en razón el alcalde.

Abundan los sujetos y las familias nerviosas.

Cuando se quiere justificar alguna torpeza material ó cualquier dolencia no muy conocida, se apela el expediente de los nervios.

Ignoro las causas que hayan podido determinar ese recrudecimiento nervioso en sinnúmero de personas.

Especialmente en Madrid y en otras capitales de provincia parecen cada muchacha y cada joven, otros tantos manojos de nervios.

En medicina casera no se conoce otra enfermedad.

Oirán Vds. decir con frecuencia á las señoras y á varios señores:

– Estoy tan nervioso que no puedo parar en parte alguna.

He presenciado casos verdaderamente sorprendentes, entre nerviosos.

Entre otros el de un caballero feliz por dentro, casado con una mujer recomendable, y padre de una hija que parecía un espíritu ensabanado.

La chica «no había salido el padre,» como dice el vulgo, ni aún á la madre: tenía aire de familia, nada más; porque el padre, en fuerza de treinta años de escribiente en una dependencia del Estado, estaba como identificado con el pupitre y con el gato de la oficina.

Era un hombre feo, pero sin mezcla de inteligencia.

Vamos, poseía la cantidad indispensable para escribir al dictado, y aun copiar con lujo de fantasía en las titulares, y nada más.

La señora era discreta, pero también sin abusar.

La niña había cumplido diez y siete años, cuando yo la conocí lo mismo que á su familia.

No había roto á escribir versos, pero se sentía propensa: leía con igual avidez una poesía de Núñez de Arce, supongamos, que unas coplas de Juan Breva, compuestas *por sigo* mismo.

Es decir, que era poética sin más limitaciones ni distingos.

Como la posición del matrimonio era insuficiente para costear á la niña un profesor de metrificación, la infeliz no había podido declararse.

¡Qué imaginación la de la chica! Con decir que á su padre, que leía *La Correspondencia* á diario, escribía igualmente en letra española que en redondilla ó en gótica del período de Wamba, asombraba el talento de la muchacha, está dicho todo.

La madre no podía comprender la importancia de la virtud poética de mi hija.

La pobre señora sabía lo suficiente con cuidar de un cocido clásico, dirigir un guisado de carne y acompañar hasta el último período á las camisas, calcetines, medias y demás de la familia.

Hacía algún tiempo que la joven había perdido su rosado color.

Andaba triste y meditabunda. Su padre lo atribuía á la ebullición de pensamientos que se refugiaban en el cerebro de la chica.

La madre sospechó que su hija se habría enamorado.

Las madres, por regla general, tienen más talento que nosotros.

Aurorita padecía de los nervios.

– No hagan Vds. caso de eso, – aconsejaban las amigas á la madre de Aurora, – eso es cuestión de los nervios.

En la oficina dijeron otro tanto á don Celedonio:

– Los nervios.

Un portero le recomendó que llevase á la chica á los baños de mar.

Otro funcionario opinaba que le administrase el aceite de hígado de bacalao, ó en su defecto, el de bellotas con salvia del coco ecuatorial.

Aurorita sufría.

De cuando en cuando sentía unas sacudidas que la

obligaban á saltar en la silla como una muñeca de sorpresa.

– Es hereditario,—decía la madre,—yo he sido siempre muy nerviosa.

– Y yo,—añadía el padre,—me tiene sacudidos más bofetones mi padrastro, porque me rascaba la nariz...

Pero la edad había templado los nervios de Celedonio y de su esposa.

Aurorita iba de mal en peor.

Por fin, cierto día, observó la madre que la niña ocultaba un papel, y nada la dijo; pero pensó:

– Yo veré qué papel es ese.

Consultó con Celedonio, y éste opinó como era de temer:

– Alguna carta amorosa: la niña está enamorada.

– Pudiera ser.

Por aquel entonces había venido á Madrid un primo «carnívoro» (como decía don Celedonio) de la pobre Aurorita.

Era Felipito un chico delicado y nervioso.

Al pronto parecía memo y á segunda inspección cualquiera se convencía de que Felipito era tonto.

Venía á Madrid para estudiar cualquiera carrera.

El no sentía predilección por alguna.

Le gustaba más una muchacha que diez textos.

Desde que Felipito había venido á Madrid y se hospedaba en casa de su tío, mediante el pago del pupilaje de clase módica, Aurorita se sentía aún peor que antes.

De aquí la deducción que don Celedonio y su esposa sacaron inmediatamente.

– Aurora está enamorada: esa es la causa de los ataques de nervios.

– Y el galán es Felipe,—añadió el padre de la niña.

– Tal vez.

– Observemos.

El chico, por su parte, se decía:

– Mi prima es guapa, eso sí; pero está demarcada (léase «demacrada») y puede que tísica. Luego, no podemos casarnos sin «despensa.»

Felipito hablaba muy correctamente como ustedes ven.

Para Aurorita no era el primo indiferente.

Por fin, que se amaron y que se declararon.

Felipito padecía también de los nervios.

Su tío le reprendía sin cesar, cuando se sentaba en la mesa y empezaba á mover las piernas con movimientos regulares, como si le hubieran dado cuerda previamente.

– Hombre parece que vamos en el tranvía: estate quieto si puedes.

– Soy tan nervioso;—replicaba él.

Y Aurorita cada vez más pálida, cada día más triste.

Hasta Felipito llegó á temer que se muriera prematuramente.

Lo del papel era un indicio acusador.

– A Felipe no había de escribir teniéndole en casa, – opinaba cuerdamente Celedonio.

– Algún tunante.

– Apelaremos al primo; nadie mejor que él puede servirnos.

– Es verdad: instigado por los celos...

Y encomendaron á Felipe cierta vigilancia, aunque sin traspasar los límites de la conveniencia, por supuesto.

El chico vivía alarmado y se le excitaba más el sistema nervioso.

– ¡Me engaña!—murmuraba,—me vengaré.

Habían trascurrido algunos días después del que le recomendaran sus tíos la vigilancia de Aurorita, cuando se presentó el muchacho, descompuesto, en la habitación de don Celedonio.

– Tío, lo sé todo, todo.

Y sentándose empezó á mover las piernas, según costumbre, apoyando un pie en la silla que ocupaba don Celedonio y obligando á éste á bailar contra su gusto.

– ¡Caracoles! estate quieto,—dijo éste.

—Pues bien, tío; lo sé todo. Aurora no me quiere.

– ¿Cómo?

– Yo no la quiero.

– ¿Qué?

– ¿Qué dirá usted?

– Habla, chico.

ADELA, cuadro de A. Seifert

– Pues Aurora come escayola... La he sorprendido devorando un Cupido barato.

– ¡Chico!

– Esa es la enfermedad que padece.

Efectivamente, Aurora tenía ese vicio.

Se modelaba por dentro.

Eduardo de Palacio

LA ESTATUA DE FELIPE LEBÓN

La inauguración de la estatua del célebre inventor del alumbrado de gas tuvo efecto el 26 de junio de este año en Chaumont (alto Marne), por disposición de la *Sociedad técnica* del gas en Francia.

La estatua cuya reproducción ponemos á vista de nuestros lectores es debida al hábil cincel del joven escultor M. Antides Pechine, que comprendiendo perfectamente su obra, ha representado al inventor en el momento de ver desprenderse una llama combustible del globo de cristal en que calentaba serrín.

La actitud del personaje no puede ser más graciosa y la expresión de su fisonomía es meditabunda é inteligente.

La estatua que tiene 3 metros de altura, ha figurado en el último salón y se ha fundido en los talleres de la acreditada casa Barbedienne.

Nunca se aplaudirá bastante el homenaje que se acaba de prestar al ilustre inventor del alumbrado de gas, porque Felipe Lebón, como tantos otros bienhechores de la humanidad, casi no tiene toda la celebridad que tener debiera. Cuando se leen los documentos que se refieren á su existencia, cuando se siguen paso á paso las fulguraciones de genio que salían de su cerebro, cuando se ahonda en su gran carácter y en los bellos sentimientos que lo animaban, quédase el ánimo sobrecogido de admiración ante el humilde trabajador que dotó á su país de un gran beneficio.

Felipe Lebón nació en Brachay (alto Marne) el 29 de mayo de 1767: veinte años después fué admitido en la escuela de puentes y calzadas, donde no tardó en señalarse por su ingenio y espíritu investigador.

Sus primeros trabajos se refieren á la máquina de vapor, en sus principios entonces, y el 18 de abril de 1792, obtuvo el joven ingeniero una recompensa nacional de 2,000 libras, «por continuar los experimentos comenzados sobre el mejoramiento de las máquinas de fuego.»

Fué poco más ó menos en la misma época en que Felipe Lebón se puso en vías de hacer su famoso descubrimiento del alumbrado de gas, durante una temporada que pasó en Brachay. Un día echó un puñado de serrín

en un globo de cristal, que puso al fuego, y vió desprenderse de él abundante humo que, inflamándose de súbito, produjo una llama luminosa.

El inventor comprendió desde luego la importancia del experimento que acababa de hacer y con el golpe de vista del genio resolvió poner manos á la obra. Acababa de verificar que la madera y todos los combustibles podían desprender, bajo la acción del calor, un gas á propósito para el alumbrado y la calefacción. Había observado que el gas que se desprende de la madera calcinada va acompañado de vapores negruzcos y de un olor acre y empireumático. Para que pudiera servir para el alumbrado era preciso desembarazarlo de estos productos extraños. Lebón hizo pasar los vapores por un tubo de desprendimiento á una vasija llena de agua que condensaba las materias pegajosas ó ácidas, y con esto salía el gas purificado.

Este modesto aparato es la primera imagen, el embrión de la fábrica de gas: comprende sus tres partes esenciales, aparatos de producción, sistemas de purificación y recipiente para recoger el gas.

Un año después, el inventor había visto á Fourcroy, de Prony, y á los grandes sabios de su época, y el 6 vendimiario, año VIII, (28 de setiembre de 1799) recibe un privilegio de invención, en el cual da la descripción completa de su *termolámpara*, por cuyo medio produce un gas de alumbrado luminoso, á la vez que fabrica brea de madera y ácido piroleñoso ó acético.

En su privilegio menciona la hulla, como adecuada á reemplazar la leña ó madera y expone su sistema con emoción manifiesta y singular ardor: leyendo lo que escribe, se admira esa forma de persuación que no permite dudar que presagiaba el porvenir reservado á su sistema.

Estatua de Felipe Lebón, inaugurada en Chaumont (alto Marne) el 26 de Junio del corriente año.

Por desgracia no podía Lebón consagrar todo su tiempo á su descubrimiento: ingeniero de puentes y calzadas, sin dinero ni fortuna, tenía que desempeñar las funciones de su destino con preferencia á todas sus aficiones. Como ingeniero ordinario fué á Angulema; pero no olvidó su gas de alumbrado, deplorando su ausencia de París, «incomparable foco de estudio,» que él llamaba.

Allí se ocupó en el estudio de las matemáticas y de la ciencia, haciéndose amar de todos; pero su espíritu volaba muy lejos de sus ocupaciones diarias. El ingeniero general no tardó mucho en quejarse de Felipe Lebón. Pero no pasemos de aquí sin hacer constar que la comisión nombrada para examinar las quejas que contra él se habían articulado, declaró que Felipe Lebón estaba á cubierto de todo reproche.

Felipe Lebón volvió á ocupar su puesto. Pero á la sazón la guerra diezmaba los recursos de Francia y la República, mientras Bonaparte estaba en Italia, no tenía ya tiempo para pagar á sus ingenieros.

Lebón escribió al ministro cartas apremiantes para que se le pagaran sus atrasos; pero el ministro no contestaba á sus cartas.

No fué más afortunada su esposa, que se trasladó á París con el mismo objeto: todas sus gestiones fueron inútiles; también escribió al ministro la carta siguiente, que existe en los archivos de la Escuela de puentes y calzadas:

«Libertad, Igualdad, Fraternidad.

»París, 22 mendor, año VII de la República francesa una é indivisible.

»La esposa del ciudadano Lebón, al ciudadano ministro de la Gobernación.

»No os pido una limosna ni una gracia, sino sólo justicia. Hace dos meses me consumo aquí á 120 leguas de mi hogar. No preciséis con más demoras á un padre de familia á abandonar por falta de recursos un destino al cual lo ha sacrificado todo. Considerad nuestra situación, ciudadano ministro, que es abrumadora y ved que es justa mi solicitud. Tengo más de un motivo para creer que mis gestiones no serán desatendidas por un ministro que tiene empeño en ser justo.

»Salud y estimación. Vuestra afectísima conciudadana,

»La esposa de Lebón, M. DE BRAMBILLE.»

En 1801, fué llamado á París Felipe Lebón y agregado al servicio de Blin, ingeniero general del empedrado, y entonces recibió otro privilegio, que es una verdadera memoria científica llena de ideas y de hechos. Habla en este documento de las numerosas aplicaciones del gas del alumbrado y de su modo de producción y echa las bases de toda la fabricación: hornilla de destilación, aparatos condensadores y depuradores, quemaderos de gas en mecheros cerrados; nada olvida, ni aún la máquina de vapor ni aún los aerostatos.

Lebón propone al gobierno construir un aparato para el alumbrado y calefacción de los monumentos públicos; pero es desatendido.

Cansado entonces de todas sus tentativas y fatigado de todos sus trabajos, el infeliz inventor no pensó ya sino en recurrir al público para convencer de la maravillosa utilidad de su invento.

Al propósito alquiló el hotel Seignelay, en la calle de Santo Domingo, – San Germán, y allí apeló al público. Dispuso un aparato de gas que distribuía la luz y el calor á todos los aposentos y al patio de la casa, alumbrando el jardín con millares de luces en forma de estrellas y flores. Una fontana, alumbrada por este sistema, parecía contener agua luminosa.

La multitud acudió de todas partes á saludar entusiasmada al nuevo inventor, y excitado éste por el éxito, publicó un prospecto, especie de profesión de fe, modelo de grandeza y sinceridad y verdadero monumento de sorprendente previsión.

He aquí algunos parajes de esta notable memoria:

«Posible es, dice, y yo lo pruebo en este momento, tener que anunciar efectos extraordinarios: los que nada ven protestan contra la posibilidad; los que ven juzgan las más veces de la facilidad de un descubrimiento por la que tienen ellos en concebir su demostración. Vencida la dificultad, se desvanece con ella el mérito del inventor.

»Este principio aeriforme, añade hablando del gas de alumbrado, se despoja de sus vapores húmedos, tan nocivos y desagradables á los órganos de la vista y del olfato, de ese humo que oscurece las paredes de las habitaciones y purificado hasta la trasparencia perfecta, divaga en estado de aire frío, se deja dirigir por tubos pequeños y aún frágiles; chimeneas ó conductos de una pulgada cuadrada, abiertos en las paredes ó en los techos, hasta tubos de tafetán engomado llenaría perfectamente este objeto. Sólo el extremo del tubo que, poniendo el gas inflamable al contacto del aire, le permite encenderse, debe ser de metal.»

Todo el mundo rindió en fin homenaje al ilustre inventor, y una comisión nombrada por el gobierno declaró: «que los ventajosos resultados obtenidos por los experimentos del ciudadano Lebón, habían superado las esperanzas de los amigos de las ciencias y de las artes.»

Napoleón I señaló muy luego al inventor un espacio en el bosque de Rouvray para organizar la industria de la destilación de la leña, y la fabricación del gas del alumbrado.

Por desgracia suya se vió precisado Lebón á emprender muchas cosas á la vez: preparó el gas y produjo el ácido acético y la brea que había de expedir al Havre para el servicio de la marina. A pesar de todos sus afanes y fatigas, tuvo Felipe Lebón como un rayo de esperanza, creyendo ver en fin brillar el día de su fortuna. Su fábrica fué visitada con admiración y aplauso por numerosos sabios y personajes ilustres, y entre éstos los príncipes rusos Galitzin y Dolgorouki, los cuales le propusieron en nombre de su gobierno trasportar sus aparatos á Rusia, dejándolo en libertad de proponer condiciones.

El inventor rechazó tan brillantes ofrecimientos, contestando en un noble arranque de patriotismo que su descubrimiento pertenecía á Francia, y que ninguna otra nación debía beneficiar su invento antes que Francia.

Las esperanzas de Lebón no duraron mucho sin embargo: enemigos y competidores le causaron mil pesares y hasta los mismos elementos se volvieron contra él al parecer. Durante un huracán hubo de ser destruída la humilde casa que habitaba, y un incendio devoró, poco después, parte de su fábrica. Pero los reveses y desgracias no podían postrar aquel espíritu invencible tan bien secundado por su digna esposa, mujer de gran carácter.

Sin embargo, no vió el día del triunfo, no vió la gloria á que lo llamaba su invento. Siempre consagrado al trabajo, iba ya acaso á triunfar de todos los obstáculos y dificultades, ya estaba próxima la hora de la realización de sus proyectos de alumbrado en grande escala, cuando vino á paralizar sus estudios y trabajos una muerte tan misteriosa como trágica.

El mismo día de la coronación del emperador, el 2 de diciembre de 1804, se encontró en los Campos Elíseos el cuerpo del ilustre inventor traspasado con trece puñaladas.

GASTÓN TISSANDIER

FÍSICA SIN APARATOS

CONDUCTIBILIDAD DE LOS METALES PARA EL SONIDO. – Tómese un reloj de bolsillo con unas largas pinzas de chimenea cuya parte superior se aplica al oído, como se ve en la fig. 1.ª y el latido del reloj se oirá tan distintamente como si la misma máquina estuviera aplicada al oído.

Fig. 1.—Conductibilidad de los metales para el sonido.

Si se retiran las tenazas, dejando el reloj en el mismo sitio, se comprende fácilmente por la diferencia de la audición la excelente conductibilidad de los metales para el sonido.

Este experimento explica el oficio de las vírgulas que se han imaginado para uso de los sordos; varitas á cuyo extremo se habla, mientras el otro extremo se introduce en el oído del sordo.

EL PRINCIPIO DE LA INERCIA

Los experimentos que ponen en evidencia este principio son innumerables. El que representa la fig. 2.ª es tan fácil como divertido, dando á la vez el medio de destapar una botella sin ningún instrumento. Tómese una botella de vino, de cerveza, etc. muy bien tapada; con una servilleta hágase una especie de almohadilla en forma de rollo y aplíquese al asiento de la botella; golpead ahora con ella en la pared, y en virtud del principio de la fuerza de inercia, el líquido desaloja el tapón, y á veces con tal y tanta fuerza, si la botella es de cerveza ó agua gaseosa, que salta á la vez el líquido, inundando á los curiosos espectadores de la física sin aparatos, á gusto y contentamiento del chusco operador.

Se nos asegura que en Saint Galmier no es cosa rara

Fig. 2.—Experimento sobre el principio de la fuerza de inercia.—Curiosa manera de destapar botellas.

en las fondas de la localidad que los mozos destapen las botellas de gaseosas golpeándolas verticalmente de arriba abajo en el entarimado. Pero en este caso, así como M. Jourdain hacía prosa sin saberlo, ni siquiera sospechan ellos que obran como físicos dando la demostración del principio de la fuerza de inercia.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN